

concretaron á permanecer en su campamento, con el fin de manifestar que si no habian podido tomar la plaza, estaban dispuestos á aceptar una batalla.

Entre tanto las bandas de música de los batallones mejicanos tocaban en los fuertes y recorrían las calles de la ciudad al son de animadas piezas, celebrando el triunfo que habian conseguido. La alegría era justa: se habian batido contra soldados verdaderamente intrépidos, y el haberles rechazado por tres veces, despues de un combate tenaz, debia llenar de satisfaccion á los que alcanzaron el triunfo, toda vez que para conseguirlo, se necesitaba poseer el mismo valor. Todos los jefes mejicanos, Zaragoza, Negrete, Lamadrid, Berriozabal, Arriola, Mendez, Gonzalez Arratia, Párraga y otros, se condujeron con una intrépidéz y actividad notables.

Llegada la noche, los franceses se replegaron á su campamento, y los mejicanos hicieron tambien lo mismo, para descansar de las fatigas del dia.

Al amanecer del 6, las miradas de los defensores de Puebla se dirigieron hácia el campamento de Lorencez: las tropas francesas continuaban quietas en él.

1862. Entre tanto, el general Zaragoza visitaba  
Mayo. los hospitales á donde habian sido conducidos los heridos, y se ocupaba de todo lo que podia mejorar la asistencia de ellos. A las ocho y treinta minutos de la mañana, le decia al ministro de la guerra por medio de un telégrama. «Acabo de visitar el hospital, y hasta esta hora, se han podido recoger 215 heridos, entre ellos como »30 franceses. Segun lo que he calculado, habrá habido »por ambas fuerzas beligerantes, una pérdida como de »1,200 hombres.»

En los momentos en que el general Zaragoza ponía el anterior telégrama, llegó á Puebla el general Don Tomás O'Horan, al frente de la brigada con que habia batido en Atlixco á Don Leonardo Márquez, y pocas horas despues llegó el general Don Florencio Antillon con la brigada de Guanajuato, quedando así notablemente aumentadas las fuerzas que debian operar contra los franceses.

A las ocho y treinta y dos minutos de la noche recibió el gobierno un telégrama del general Zaragoza en que le decia: «En todo el dia de hoy no ha ocurrido novedad »notable. El general O'Horan regresó de Atlixco á las »ocho de la mañana. El enemigo reaccionario se cree que »haya vuelto á Cholula: el enemigo extranjero cambió »hoy de campamento, un poco mas retirado del mio. Hoy »se han quemado 230 muertos del enemigo y aun queda »el campo regado.»

Tres dias permanecieron los franceses en su campamento sin que fuerza ninguna conservadora se les uniese; y el dia 8, á las cuatro de la tarde, empezó á preparar su convoy, compuesto de mas de doscientos cincuenta carros, para volver á Orizaba. El general Zaragoza, al dar parte á su gobierno, el mismo dia 8, del movimiento de los franceses, le ponía el siguiente telégrama: «Línea telegráfica.— »Puebla, Mayo 8.—Recibido en Méjico á las cinco de la »tarde.—Excmo. señor ministro de la guerra.—A las cuatro de la tarde comenzó su retirada el enemigo, y en este »momento la acaba de emprender. Todas sus fuerzas, como es natural, las lleva á retaguardia de sus trenes. Mil »quinientos caballos que he podido reunir, los mandé ayer

»para tomarles la reguardia: para esta hora están en Amozoc.—Zaragoza.»

Aunque en los momentos en que suele terminar un combate, los partes escritos bajo las primeras impresiones siempre suelen contener exageraciones respecto al número de pérdidas sufridas por los contrarios, las que tuvieron los franceses, sino fueron de la magnitud que indicaban los telégramas enviados por el general Zaragoza á su gobierno en los instantes mas ocupados y satisfactorios para él, sí fueron de bastante consideracion. Las bajas entre muertos, heridos y dispersos que tuvo el ejército francés en aquella jornada, ascendieron á 482 individuos, en la forma siguiente:

Oficiales muertos.. . . .	15
Idem heridos. . . . .	20
Soldados muertos. . . . .	162
Heridos y dispersos. . . . .	285
<hr/>	
Total. . . . .	482

Esta cifra, tomada del parte oficial que el mismo general Lorencez envió mas tarde á su gobierno, indica lo reñido de aquel hecho de armas en que las tropas francesas se vieron rechazadas. (1)

1862.

Mayo.

Las tropas de Lorencez emprendieron el día 8 su retirada hácia Orizaba con admira-

(1) Véase el parte del general Lorencez en el Apéndice, bajo el número 2.

ble orden y teniendo que cubrir una línea inmensa de mas de doscientos cincuenta carros que, uno detrás de otro, y formando una prolongada línea, marchaban por el camino, cargados de provisiones de guerra y de boca. Aquella retirada la emprendió el general Lorencez, en vista, como él mismo decia, de «que no recibia del ejército» del general mejicano Márquez, ni de ningun otro de los «que se habian pronunciado por la intervencion francesa, mas que noticias evasivas y contradictorias sobre su proximidad y sobre su intencion de venir á reunirse para ayudarle en su empresa.»

Triste por el mal éxito de sus ataques contra Puebla, y tratando de buscar disculpa á la falta de prudencia con que habia ordenado los asaltos á la plaza, dirigió mas tarde, en Orizaba, á sus soldados, una proclama en que les decia: «Vuestra marcha sobre Méjico ha sido detenida por obstáculos materiales que no debiais esperar, segun las noticias que se os habian dado. Se os habia repetido cien veces, que la ciudad de Puebla os llamaba con todos sus votos, y que su poblacion acudiria solícita á recibiros, cubriéndoos de flores. Con la confianza inspiraba por esas seguridades engañosas, nos hemos presentado delante de Puebla. Esta ciudad estaba erizada de barricadas y dominada por un fuerte, en el que habian sido acumulados los medios de defensa. Siendo insuficiente nuestra artillería de campaña para abrir brecha en las murallas, se hacia necesario un material de sitio: no tenemos ese material; pero confiados en vuestra intrepidez, os habeis precipitado sin vacilar sobre fortificaciones defendidas por artillería y por una triple línea de fusilería, mien-

»tras que á vuestros flancos teniais que sostener los es-  
 »fuerzos de muchos batallones mejicanos y de una nu-  
 »merosa caballería. Vosotros habeis hecho lo que solo los  
 »soldados franceses saben hacer, y los mas avanzados de  
 »entre vosotros habian subido ya sobre los muros de Gua-  
 »dalupe, cuando una lluvia torrencial, desliendo la tierra,  
 »hizo inaccesiblos los puentes, poniéndoos en la imposi-  
 »bilidad de renovar los ataques.»

La anterior alocucion de Lorencez buscando la disculpa á su descalabro, es su mas viva acusacion. No se debia ocultar á la penetracion de un general francés, que jamás poblacion ninguna del mundo puede abrir las puertas y facilitar la entrada á su ciudad á los que se acercan á ella, si existe un ejército que vigila, y que castigaria cualquier insurreccion popular en sentido contrario á su gobierno. Menos, á la vista de la ciudad que se disponia á combatir, debió despreciar la opinion de los generales mejicanos que le indicaron el punto mas vulnerable para el ataque. Ante los ojos de todo su estado mayor y á los suyos tenia los fuertes de Guadalupe y de Loreto; y si juzgó que para asaltarlos era indispensable primero practicar una ancha brecha, y si estaba persuadido de que las piezas ligeras que llevaba eran insuficientes para conseguirlo, debió desistir de su empresa, sin lanzar á sus soldados á la muerte. Pero no es así, en mi juicio, como pensó antes de ver rechazados á sus batallones. Entonces creyó fácil el triunfo; se imaginó que las tropas mejicanas se desbandarian al ver trepar hácia la cumbre del cerro en que se hallaba la fortaleza, á los soldados justamente acreditados de valientes en cien campañas; tuvo la debilidad de mirar con

desprecio á su enemigo; le hizo la injuria de creerle co-  
 barde; y al lisonjearse con las halagadoras  
 1862. May. esperanzas que habia acariciado, se encon-  
 tró con un terrible desengaño; al soñar con la toma de la plaza, se miró rechazado de ella; al creer encontrarse con contrarios débiles, se halló con hombres decididos y resueltos.

El triunfo alcanzado por las armas liberales en Puebla, fué celebrado por el gobierno y por todo el partido progresista, con las demostraciones del mas extraordinario júbilo. En la capital, las músicas de los regimientos recorrieron las calles tocando animadas piezas; las campanas de las iglesias repicaron por largas horas, y los cohetes voladores, cruzando la atmósfera en distintas direcciones, dejaban escuchar su incesante estallido.

Aunque no dieron los soldados franceses grande importancia al acontecimiento de Puebla como hecho material, como accion de guerra, como revés, sin embargo, era un golpe sensible para ellos, que jamás juzgaron verse detenidos en su marcha.

El congreso, participando del regocijo del partido progresista, al cual pertenecian casi todos los diputados, dió al presidente Don Benito Juárez facultades amplias y omnímodas para hacer frente á la situacion; y el ministro de la guerra comunicó al cuerpo legislativo, de parte del primer magistrado de la república, el invariable propósito que tenia formado de defender á todo trance la capital de Méjico, en caso de que los futuros acontecimientos lo exigiesen así.

Lleno de entusiasmo el general Zaragoza por el triun-

fo alcanzado, les dirigió una proclama á los soldados de Guanajuato que acababan de incorporarse á su ejército, en que les decia: «Venid á completar las glorias adquiridas »el dia 5 sobre las huestes francesas que amilanadas y »abatidas, teneis al frente fortificándose.

«Muy pronto, mis amigos, daremos otro dia de gloria á »la patria, y las armas de la grande Guanajuato, puestas »en vuestras manos, brillarán orgullosas, combatiendo por »la independenciam, como lo hicieron por la libertad y la »reforma.

«Estoy viendo todavía en vuestras frentes los laureles »adquiridos en Loma Alta, Guadalajara, Silao y Calpu- »lalpam, y yo os aseguro que muy pronto serán ceñidas »esas mismas frentes con las inmarcesibles coronas que os »prepara la victoria.»

El presidente Don Benito Juarez, queriendo demostrar su aprecio á los jefes y soldados que se habian hallado en aquella jornada, se propuso distinguirles, y mandó hacer las suficientes medallas para colocar, por sí mismo, en un dia, en el pecho de los que se hallaron en la accion, como lo veremos mas adelante.

Todo era júbilo y entusiasmo en el partido liberal. Los generales, los gobernadores de los Estados, el presidente de la república, las autoridades todas, publicaban entusiastas proclamas llamando á las armas al país entero, y procurando dar al ataque de los franceses contra Puebla, el colorido no de una guerra para derrocar al gobierno establecido, sino de nacionalidad y de conquista.

Pero aquel país tenia y tiene excelente criterio para distinguir las guerras nacionales de las luchas de partido;

para no confundir el apoyo ó favor de una nacion extraña, dispensado á un partido, con las miras de conquista; y así como no habia visto en el ataque de la escuadra norte-americana de Anton Lizardo, apresando á la mejicana del gobierno de Miramon, un ataque á la independenciam de Méjico, sino un auxilio al bando progresista, así en el triunfo de Puebla, no vió el triunfo de la nacion contra un enemigo de la patria, sino contra el auxiliar del partido conservador.

Ya otra vez he dicho, y lo repetiré siempre que necesario sea, que los mejicanos, sin excepcion de color político, poseen en alto grado la santa virtud del patriotismo; y que si hubieran creido en peligro la independenciam, tanto cuando el gobierno conservador acusaba de traidores á los que firmaron el tratado Mac-Lane, como cuando el de Juarez inculpaba de igual delito á los adictos á la intervencion, no hubiera habido un solo hijo de aquel país que no hubiese volado á empuñar las armas. Pero el epíteto de traidor era ya una arma muy gastada á puro haberla usado ambos partidos para desconceptuarse mutuamente. Traidores habia llamado el gobierno de Zuloaga á Don Benito Juarez, á Ocampo y á otros muchos prohombres de la comunión liberal por el referido tratado Mac-Lane; traidores llamó el de Miramon á los mismos y al general la Llave por lo acontecido en Anton Lizardo; traidores llamaba á su vez el gobierno de Juarez, á Almonte, Zuloaga, Miramon y á cuantos pedian el apoyo de la Europa; traidor fué llamado el inmortal Iturbide que consumó la obra de independenciam, iniciada por el cura Hidalgo; traidor se le llamó á Santa-Anna que habia com-

batido en Tampico, Veracruz y la Angostura por la integridad del territorio nacional; y traidores se les llamó á Don Vicente Guerrero, á Don Anastasio Bustamante, Alman, Comonfort y á otros cien que seria prolijo enumerar. Y sin embargo ninguno de ellos ha sido traidor á la patria; ni ninguno de ellos lo ha parecido así, ni á los mismos enemigos que por ódio de partido les han aplicado ese epíteto. Los bandos políticos necesitan para sobreponerse á sus contrarios, denigrarlos; pero el pueblo conoce perfectamente ese sistema, y no se cuida de él. Cuando hayan, por fortuna, calmado las pasiones políticas; cuando convencidos todos los hombres de influencia en la cosa pública, que, para llevar al país á su engrandecimiento, á la prosperidad á que está llamado por su fertilidad y su riqueza, es indispensable que toda la familia mejicana se estreche con el lazo de la fraternidad, entonces se asombrarán de haberse dado mutuamente calificativos que de ninguna manera están de acuerdo con los sentimientos levantados de patriotismo que, sin excepcion de ideas políticas, distinguen á todos los mejicanos.

1862. En aquellos mismos instantes en que los liberales celebraban el triunfo, dándole á la  
 Mayo. lucha un carácter nacional, D. Antonio Taboada, general del partido conservador, dirigia una carta al general progresista D. Tomás O'Horan, presentándole la intervencion como la salvadora áncora á que debia acogerse todo mejicano que no hubiese renunciado al amor á la independencia y al deseo del engrandecimiento de la patria. La carta estaba fechada dos dias despues de haber sido re-

chazados los franceses, y decia así: «Campo sobre Alamos, »Mayo 7 de 1862.—Sr. general Don Tomás O'Horan.— »Puebla.—Muy querido y antiguo compañero.—No habia »llegado aun el tiempo de hablarte con la seguridad que »deseaba, y lo hago ahora; al tomar esta resolución, me »guian dos objetos, el primero es cumplir con el deber de »buen mejicano, y el segundo, con el deber de la amis- »tad. Comienzo por recordar mis sentimientos, y que es- »to te sirva de base para juzgar de lo que paso á manifes- »tarte.

«Yo conozco perfectamente tus ideas de orden y patrio- »tismo: conozco tus deseos y tus nobles aspiraciones, y sé »tambien que tu talento, tu actividad y decencia, te co- »locarán siempre en los puestos dignos de soldado como »tú. Esta conviccion me asegura de que habrás estudiado »y comprendido ya la situacion tristísima de nuestro des- »graciado país, sin encontrar entre nosotros mismos el »remedio radical, ni mucho menos esa paz, ese progreso, »y esa libertad tan decantadas. Estoy seguro de que tie- »nes ya un doloroso desengaño de las intenciones de »nuestros prohombres, y no creo que hayas llegado á »concebir nunca ninguna clase de esperanzas que asegu- »ren nuestra nacionalidad é independencia, comprometí- »da siempre por nuestras ambiciones personales, ridícu- »las y delirantes. Esta conviccion, repito, me hace diri- »girte la presente para manifestarte lo que se le manifiesta »á un hermano, cuya felicidad se desea: en circunstancias »en que es preciso la union de los hijos para acudir al »socorro de una madre moribunda, ¿crees acaso, querido »Tomás, que yo, tan amante de mi patria, me habia de

»exponer á llevar en mi frente el horroroso epíteto de  
»traidor?

»Permíteme intercalar esta importuna pregunta, y dé-  
»jame continuar el objeto de la presente. Tengo la mas  
»sincera confianza y el poder suficiente para asegurarte,  
»que la Francia no solo no amaga bajo ningun punto de  
»vista nuestra independenciam, sino que tendiéndonos una  
»mano amiga, se ha propuesto no retirarnos su proteccion  
»hasta no consolidar un gobierno mejicano, verdadera-  
»mente ilustrado y paternal, una paz duradera y una si-  
»tuacion indestructible. No creas, amigo mio; que si-  
»guiendo la rutina de nuestras revoluciones intestinas  
»trato de seducirte; no, te haría yo muy poco favor, y  
»tendrias derecho para reprenderme muy severamente:  
»empleo el lenguaje de la verdad y no el de la superche-  
»ría y el engaño; hablo con los hechos en la mano, y una  
»realidad clarísima te está demostrando que soy tu amigo,  
»tu verdadero hermano; porque quiero que prescindas de  
»esa efímera situacion, de ese, mas aun, dudoso y triste  
»porvenir, en que te han lanzado algunos puntillos de de-  
»licadeza; que veas lo que realmente tenemos delante, y  
»hagas á tu patria el único servicio que puede agradecer  
»á sus hijos; estás en una posicion en que nadie te lo pue-  
»de impedir, cuentas con toda esa ciudad, que te secun-  
»dará con el apoyo de siete mil franceses, cinco mil me-  
»jicanos armados y cuantos recursos necesites para decla-  
»rarte en favor de la justa y verdadera causa nacional;  
»¿por qué seguir defendiendo un partido de personalida-  
»des, un partido destructor y sangriento, un partido que  
»ha traído á la nacion á un abismo de fatalidades y de

»complicaciones tan peligrosas? ¿Por qué seguir sacrifi-  
»cando mas gente, si ya no hay pretexto legítimo ni ra-  
»zones que oponer á la verdadera oliva de paz, que con la  
»ayuda generosa de la Francia estamos presentando á la  
»nacion? Créeme sinceramente, amigo mio: esta es la  
»única oportunidad en que podemos prestar un positivo  
»y fructuoso servicio á nuestra madre patria; dejemos por  
»ahora nuestros intereses personales, nuestras divisiones  
»políticas y toda clase de ilusiones para salvarnos: estos  
»son los momentos preciosos, los momentos de abnegacion  
»y de verdadero patriotismo; no sigas mas las huellas  
»horribles de esos hombres obcecados en el crimen y la  
»perversidad; toma tu espada y ofrécela sin recelo á la  
»causa que infaliblemente va á triunfar, porque es una  
»causa justa, humanitaria y salvadora, y porque está prote-  
»jida por una nacion grande y poderosa, por una nacion  
»que marcha á la cabeza del progreso y de la civiliza-  
»cion. Cree mis palabras, te repito: te hablo con la con-  
»ciencia de un buen patriota, te hablo en nombre de la  
»nacion, de nuestra amistad y porvenir; y en ese nombre  
»tambien te hago responsable de la sangre de nuestros  
»compatriotas, sacrificados inútilmente, despues de ha-  
»berte manifestado el noble, el grande y humanitario ob-  
»jeto de la nacion que nos tiende su poder para sal-  
»varnos de una infalible perdicion, de nuestra completa  
»ruina.

»La conducta que han observado en esa con los heridos  
»franceses, ha causado mucha indignacion en el ejército  
»que tenia preparada la continuacion de su ataque, pues  
»nosotros hemos logrado contener todas las operaciones